

CORAZONES

REBOSANTES



¡Cuántos minutos compartidos juntos! ¡Cuántas experiencias encontradas! ¡Cuántos diálogos, reflexiones y oraciones vividos!

Permíteme que te recuerde el inicio de esta bonita historia de crecimiento y de experiencia en la fe que juntos iniciamos hará unos años: “Y ahora, escucha... Así de sencillo, pues ha llegado el momento que te pongas a la escucha, que abandones tus ruidos externos, pero sobre todo los internos que no te permiten saber que alguien en este preciso momentos te está llamando. De hecho a pesar de que son muchos los jóvenes que diseñan su vida en forma de un proyecto, la mayoría desconocen que ellos mismos son un proyecto, pues son y han sido soñados por Dios.”

El proyecto de Dios soñado para ti fue escrito mucho antes de que nacieras, por amor, porque te amó, y lo continúa haciendo a cada minuto que pasa, para que tú, también puedas amar. A eso te invita Dios, y por ello es necesario escuchar para saber qué te está diciendo y a dónde está invitando a entregar tu Amor.

Pero ¿qué es el amor?

Parece que fuera ayer cuando te invitaba a lanzarte a la aventura, a sumergirte en las profundidades de tu corazón o a salir de ti mismo, de tus comodidades, para mezclarte entre los demás y amarlos hasta el extremo.

Tú eres amor. Templo del Amor de Dios, el cual sembró en tu corazón la gran capacidad de amar arrancándote de tu carne el corazón de piedra y entregándote un corazón de carne. Y con eso, infundiéndote su Espíritu te dio la libertad para caminar según sus preceptos, guardando y cumpliendo sus mandamientos (Ez 36, 27). Pero sobre todo uno de ellos, el gran mandamiento del Amor: “Amaos los unos a los otros como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis los unos a los otros” (Jn 13, 34-35).

Esta ha sido la tarea que hemos llevado a cabo durante este largo camino compartiendo contigo la experiencia de sentirte llamado, acompañado y enviado a amar como el Padre amó, sabiendo cómo es el Amor, integrándolo en un nuevo corazón de carne y entregándolo al mundo sin medidas. Así es como construiremos el Reino de Dios, en la medida que reine el Amor de Dios.

Ágape es ese amor desinteresado, entregado, sacrificado tanto a Dios como a los “otros”: tu familia, tu pareja, tus amigos o enemistades, tus alejados... es un amor que parte de Dios para que a través de ti, puedas entregarlo a todos sin distinción, siendo feliz en la medida que ames y hagas feliz al prójimo.

*Permíteme que antes de finalizar
te muestre unas bonitas palabras...*

“[...] En efecto, el signo visible que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo y a los demás, a su familia, el amor de Dios es el amor a los hermanos. El mandamiento del amor a Dios y al prójimo es el primero no porque está en la cima de la lista de los mandamientos. Jesús no lo puso en el vértice, sino en el centro, porque es el corazón desde el cual todo debe partir y al cual todo debe regresar y hacer referencia.

Ya en el Antiguo Testamento la exigencia de ser santos, a imagen de Dios que es santo, comprendía también el deber de hacerse cargo de las personas más débiles, como el extranjero, el huérfano, la viuda (cf. Ex 22, 20-26). Jesús conduce hacia su realización esta ley de alianza, Él que une en sí mismo, en su carne, la divinidad y la humanidad, en un único misterio de amor.

Ahora, a la luz de esta palabra de Jesús, el amor es la medida de la fe, y la fe es el alma del amor. Ya no podemos separar la vida religiosa, la vida de piedad del servicio a los hermanos, a aquellos hermanos concretos que encontramos. No podemos ya dividir la oración, el encuentro con Dios en los Sacramentos, de la escucha del otro, de la proximidad a su vida, especialmente a sus heridas. Recordad esto: el amor es la medida de la fe. ¿Cuánto amas tú? ¿Cómo es tu fe? Mi fe es como yo amo. Y la fe es el alma del amor.

En medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones —a los legalismos de ayer y de hoy— Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros: el rostro del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos: no son preceptos y fórmulas; nos entrega dos rostros, es más, un solo rostro, el de Dios que se refleja en muchos rostros, porque en el rostro de cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. Y deberíamos preguntarnos, cuando encontramos a uno de estos hermanos, si somos capaces de reconocer en él el rostro de Dios: ¿somos capaces de hacer esto?

De este modo Jesús ofrece a cada hombre el criterio fundamental sobre el cual edificar la propia vida. Pero Él, sobre todo, nos donó el Espíritu Santo, que nos permite amar a Dios y al prójimo como Él, con corazón libre y generoso. Por intercesión de María, nuestra Madre, abrámonos para acoger este don del amor, para caminar siempre en esta ley de los dos rostros, que son un rostro solo: la ley del amor.”

Papa Francisco

Audiencia 26/10/2014. Plaza de San Pedro

Querido amigo, querida amiga.

No tengas miedo a mirar y **buscar** a tu alrededor para **encontrar** en tu prójimo, el rostro de Dios que te dice “ámame”.

No tengas miedo de escucharte, de **conocerte** y de reconocerte como imagen y semejanza del Creador. Sentirás al escucharte la necesidad de no apartarte del camino que Él te marca para vivir siempre por medio de Él.

Y por último querido amigo, amiga, no tengas miedo a **vivir**. Vivir apasionadamente la vida que Dios te ha concedido, con sus alegrías y sus penas, con sus aciertos y fracasos para allí donde estés **amar** sin medida como joven cristiano comprometido en la Iglesia y en la sociedad.

¿Mis últimas palabras?
Una vez más, las del Señor.

**“Amaos unos a otros; como yo os he amado, así también amaos los unos a los otros.”
(Jn 13, 34)**

**“Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.”
(Mc 16, 15)**

Que todo el mundo, tu mundo, conozca que hemos visto al Señor y que en ti algo nuevo ha brotado: el amor, su **Amor**.

Que así sea.
Amén.